

## Cuarto domingo del Tiempo Ordinario B2024

Creo que cada uno de nosotros ha hecho la experiencia del sufrimiento, de las desgracias, del dolor y hasta de la muerte. Cuando pasamos por tales experiencias, nos damos cuenta de que la vida humana es frágil y los logros humanos inseguros. A veces la primera pregunta que nos viene a la mente es ¿por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? ¿Por qué es esto entonces? En otras ocasiones, incluso cuestionamos la relevancia de la vida humana y la pertinencia de la existencia humana misma.

Esto es lo que vemos en la primera lectura de hoy. Job era un hombre noble y rico. De repente e inexplicablemente lo perdió todo. La agudeza de su sufrimiento lo llevó a una situación difícil y a un clamor ante Dios. En su grito, muestra cómo la vida humana está vacía y se afana sin descanso. Se compara con un trabajador que anhela un descanso que no puede tener y espera un salario que no puede recibir. Cuando intenta dormir, lo único que recibe es una noche de insomnio que le recuerda la desesperanza de la vida y la proximidad de la muerte.

Aunque el grito de Job es fuerte, no es en sí mismo un grito de desesperación. Es un grito realista de quien se enfrenta a la cara oculta de la existencia humana que la felicidad, la alegría y el placer a menudo nos ocultan. ¿Pero quién puede dar una explicación a lo que parece un misterio para los seres humanos que Dios mismo? Como dice el Salmo 30: “Tú has cambiado mi duelo en una danza; Me quitaste el luto y me ceñiste de alegría. Así mi corazón te cantará sin callarse jamás. ¡Señor, mi Dios, por siempre te alabaré”. (Sal 30:12-13)

Al menos es así que el filósofo francés Gabriel Marcel ve el sufrimiento, la enfermedad y la muerte. A la luz de las Sagradas Escrituras, Gabriel dice que el sufrimiento no es un problema, sino un misterio. Un problema es algo que está a mi alcance, que puedo analizar y a lo que puedo encontrar solución aunque queden problemas sin resolver. Un misterio, sin embargo, es algo que está totalmente fuera de mi alcance, que no puedo abordar como lo hago con un problema, porque me trasciende a mí y a mi conocimiento.

El sufrimiento es un misterio. El misterio del sufrimiento encuentra su fin sólo cuando, más allá del cuestionamiento y la rebelión, confiamos en Dios. Allí aprendemos por la fe que, incluso en el momento más oscuro de nuestro sufrimiento, Dios no nos ha abandonado; él está con nosotros en todo momento, compartiendo con nosotros los altibajos de nuestra fragilidad humana y los giros de nuestra vida.

Es al contemplar la vida de Jesucristo que podemos comprender mejor el misterio del sufrimiento. Como cualquier persona, Jesús pasó por el dolor, el sufrimiento y la muerte, pero Dios triunfó en él devolviéndole la vida mediante la resurrección. Por tanto, nuestros propios sufrimientos no son una limitación, sino una condición previa a la vida abundante que Dios quiere darnos.

Tal visión aclara la curación de la suegra de Pedro, así como la de muchas personas que Jesús sanó en su tiempo. Jesús la ha curado para demostrar que Dios tiene el poder de sanar tanto el cuerpo, el alma e la mente. Sin embargo, aunque ella fue sanada, la suegra de Pedro finalmente murió. Entonces, entendemos que esa curación tuvo un carácter de ejemplo. Es un ejemplo para nosotros de lo que nuestro Señor puede hacer por nosotros y dentro de nosotros. Lo que significa en realidad es que

Jesús nos sana de muchas maneras, física, emocional y espiritualmente, pero esto no significa que podamos escapar de la realidad de la muerte física.

Por tanto, el sufrimiento y la muerte son parte integral de la condición humana y de lo que significa ser humano. Sería una ilusión pensar que, por creer en Dios, no podemos enfermarnos, sufrir y morir. Como no hay resurrección sin Viernes Santo, así no hay resurrección sin pasión y muerte. Así como compartimos la vida de nuestro Señor Jesús a través del bautismo, así compartimos su pasión y resurrección.

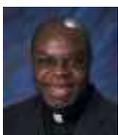
El poder vivificante de nuestro Señor se realiza en la Iglesia a través de los sacramentos, especialmente mediante el sacramento de la unción de los enfermos. Cuando los sacerdotes visitan a los enfermos y los ungen, llevan a sus hogares, a las residencias de ancianos y a los hospitales el poder sanador de Jesús, que sana de manera invisible nuestros cuerpos y nuestras almas.

En el sacramento de la unción de los enfermos, nuestro Señor también nos fortalece con su poder para aceptar el resultado de nuestra vida que, a veces, puede terminar en la muerte. En ese caso el sacramento de la unción de los enfermos nos invita a unir nuestro sufrimiento al sufrimiento de nuestro Señor para que con él Dios nos dé vida. El sacramento de la unción de los enfermos nos hace serenos y capaces de conformarnos a la voluntad de Dios, asemejándonos a Jesús: “Padre, si quieres, aparta de mi esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Al sufrir en unión con nuestro Señor, que dio su vida en la cruz por nosotros, nuestro sufrimiento deja de carecer de sentido. Se convierte en un canal de comunicación que nos vincula con nuestro Señor. Nos ayuda a comprender cómo a través de su propio sufrimiento nuestro Señor nos santifica y nos prepara para el día en que Dios secará cada lágrima de nuestro rostro y ya no habrá enfermedad, ni llanto, ni dolor. Así, los enfermos no son miembros pasivos de la Iglesia, sino los miembros más activos y máspreciados. A los ojos de Dios, una hora de su sufrimiento, soportada con paciencia y fidelidad, puede valer más que todas las actividades del mundo, si se hacen sólo para uno mismo.

La fuerza y la serenidad de nuestro Señor Jesús ante el sufrimiento provenían de su completo abandono en manos del Padre a través de la oración. Unámonos a él en esta Gran Oración de acción de gracias, que es la Eucaristía. Pidámosle en la recepción de la Sagrada Comunión que nos sane a nosotros, a nuestras familias y a aquellos que amamos que hoy están sufriendo. ¡Que sane a todos aquellos que “Santo Juan Evangelista Árbol de Oración” nos ha presentado como petición!

**Deuteronomio 18: 15-20; 1 Corintios 7: 32-35; Mark 1: 21-28**



Fecha de la Homilía: el 28 de Enero, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20240128homilia.pdf